

A close-up portrait of a woman with short, light-colored hair and bangs, smiling warmly at the camera. The background is dark, making her face the central focus.

MEMORIAS

*Lo que traía
la marea*

MANUELA RIAL SOUTO

ESCRITO CON **tuBiógrafo**

*Para Pepe,
que me esperó en el muelle.*

*Y para Lucía, Martín, Noa y Hugo,
que algún día querrán saber
de dónde vienen.*

Índice



	Prólogo, por su hija Pilar	7
1	La casa de la ría ♦	9
2	La conservera	21
3	Pepe	33
4	Una boda en la romería	45
5	La maleta de cartón	57
6	Zúrich	69
7	Volver ♦	83
8	La tienda de la plaza	95
9	Los nietos	109
	Carta a mis nietos ♦	121
	Álbum de fotos	125

Esta muestra incluye las páginas marcadas con ♦

La casa de la ría



Nací el 14 de marzo de 1947 en una casa de piedra que miraba al mar, en San Martiño, una aldea de la ría de Arousa que hoy apenas reconocería. Mi madre decía que nací con la marea alta y que por eso nunca supe estarme quieta.

La casa tenía dos habitaciones, una cocina de leña y un hórreo que mi abuelo había levantado con sus propias manos. Allí guardábamos el maíz, las patatas y, en los inviernos malos, también la esperanza. Éramos cinco hermanos, y yo, la tercera, la que siempre andaba descalza por las rocas buscando lapas.

Mi padre, Ramón, salía a faenar antes de que amaneciera. Recuerdo el ruido de sus botas en la escalera y el olor a café de pota que dejaba en la cocina. Cuando volvía, corríamos al muelle a ver qué traía la dorna. Si la cesta venía llena, había fiesta en casa. Si venía vacía, mi madre no decía nada, pero esa noche la sopa llevaba más agua.

Mi madre, Pilar, era la que sostenía todo. Cosía, cuidaba la huerta, vendía el pescado en la plaza de Vilagarcía y todavía le quedaba tiempo para enseñarnos a rezar y a contar. Cuando me peinaba por las mañanas, tiraba tan fuerte de las trenzas que se me saltaban las lágrimas, pero yo no me quejaba: era el único momento del día en que la tenía solo para mí.



La casa y el hórreo del abuelo

A los once años dejé la escuela. No porque no me gustara, que me encantaba, sino porque en casa hacían falta manos. Doña Elvira, la maestra, vino a hablar con mi madre. «Esta niña vale para estudiar», le dijo. Mi madre la escuchó en silencio y luego le contestó: «Y para comer, también vale». Durante muchos años aquella frase me dolió. Hoy la entiendo.

A los catorce entré a trabajar en la conservera. Allí aprendí a limpiar sardinas a una velocidad que hoy no me creeríais, a cantar para que las horas pasaran más deprisa y a reírme de lo que no tenía remedio. Allí conocí también a Pepe, pero esa es otra historia.

Volver

En 1971, con dos niños pequeños y una maleta de cartón atada con una cuerda, Pepe y yo cogimos el tren en Vigo rumbo a Zúrich. Treinta y seis horas de viaje. Yo no sabía decir ni «buenos días» en alemán.



La llegada a Suiza, 1971

Estuvimos trece años allí. Pepe, en la construcción; yo, limpiando oficinas y, después, en la cocina de un hotel. Aprendí el idioma a trozos, como se aprende todo cuando no hay más remedio. Los niños crecieron hablando alemán en la escuela y gallego en casa.

Me preguntan mucho si mereció la pena. Con los años he llegado a una conclusión:

*Uno no emigra para irse.
Emigra para poder volver.*

Cada franco que ahorrábamos era un ladrillo de la casa que soñábamos aquí. Y cuando por fin volvimos, en 1984, y abrimos la tienda de ultramarinos en la plaza, descubrí algo que nadie me había contado: que el sitio al que vuelves ya no es el mismo que dejaste. Y tú tampoco.

Durante un tiempo me sentí extranjera en mi propia aldea. Luego entendí que no había perdido nada: tenía dos casas en lugar de una. Lo que aprendí allí, la puntualidad, el orden, no tener miedo de lo que no entiendo, lo traje conmigo. Y lo que me llevé de aquí, el mar, la familia, la manera de reír, me sostuvo allí.

Hoy, cuando veo a gente joven que se marcha lejos a buscarse la vida, no siento pena. Siento orgullo. Sé lo que cuesta. Y sé también que, si llevan sus raíces bien atadas, como mi maleta, volverán a casa enteros.

Carta a mis nietos



Queridos Lucía, Martín, Noa y Hugo:

Me habéis pedido muchas veces que os cuente cosas de cuando era pequeña. Aquí las tenéis, todas juntas, para cuando yo ya no esté para contároslas. No tengo grandes consejos, pero he vivido casi ochenta años y algo he aprendido. Os lo dejo por si algún día os sirve:

- Trabajad en lo que sea, pero hacedlo bien. El trabajo bien hecho es la única firma que no se borra.*
- No dejéis nunca de aprender. A mí me sacaron de la escuela a los once años y lo eché de menos toda la vida.*
- Cuando algo nuevo os dé miedo, acordaos de la abuela bajando del tren en Zúrich sin saber una palabra de alemán. Se puede.*
- Llamad a vuestros padres, aunque no tengáis nada que contar. Sobre todo entonces.*
- Y volved al mar de vez en cuando. Sentaos en las rocas de San Martiño y escuchad. La marea siempre trae algo.*

Os quiero más de lo que he sabido decir.

Vuestra abuela, Manuela

Lo que traía la marea

Manuela Rial nació en 1947 en una aldea de la ría de Arousa. Fue niña descalza entre las rocas, conservera a los catorce años, emigrante en Suiza y tendera en la plaza de su pueblo.

Con setenta y nueve años decidió contar su vida para que sus nietos supieran de dónde vienen. Lo hizo hablando, a su ritmo, con el móvil en la mesa de la cocina. Este libro es el resultado: sus palabras, sus fotografías y todo lo que la marea le enseñó.

«No sabía escribir un libro.

Solo sabía contar mi vida.

Resultó que era lo mismo».

Biografía de demostración. Manuela Rial es un personaje ficticio creado para mostrar cómo puede quedar tu libro.

tuBiógrafo

TUBIOGRAFO.ORG